



**Teresa Lamas Carísimo de Rodríguez Alcalá**

△▽

△▽

## **El virrey que se enamoró de la «belleza asunceña»**

La imagen de aquella lejana abuela mía quedárame grabada en el espíritu por el misterioso buril de los ensueños que ella misma suscitaba. Soñaba con esa imagen, dormida y despierta, fascinada por cuanto sobre su belleza singular y su noble señorío oía frecuentemente hablar a las viejas señoras de mi familia, en el multiseccular caserón solariego de la calle de la Ribera.

Llamábase María Magdalena Iglesias aquella tatarabuela de mi madre, y era hija del capitán don Juan Bautista Iglesias y de doña María Ángela Fernández de Balenzuela, por quien descendía, a través de cinco generaciones nacidas en hogares santificados por Dios, de doña Clara de Guzmán y de su esposo el capitán don Alonso de Rojas Aranda, siendo doña Clara «hija legítima de doña Blanca Riquelme de Guzmán y de su esposo el capitán García de Benegas, hija esta doña Blanca del capitán don Alonso Riquelme de Guzmán, sobrino de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, y de su esposa doña [21] Úrsula de Irala y nieta, por consiguiente, del conquistador Domingo Martínez de Irala»<sup>(2)</sup>.

Complacía mucho a mis sentimientos de familia el clarísimo linaje de esa directa ascendencia mía, con el que entroncaban las casas que ganaron lustre en la conquista del Paraguay y que ocuparon el primer plano en su proceso histórico; pero, he de confesarlo, lo que más me seducía en la lejana abuela era la extraordinaria belleza y el singular señorío digno de su casta que la tradición constante le atribuía.

Un día le pregunté, a una de mis tías, que a pesar de sus muchos años conservaba fresco el romanticismo de un grande y definitivo amor frustrado, a cuyo culto consagrara su vida, según lo narre en una página de *Tradiciones del hogar*.

-¿Será verdad que la abuelita María Magdalena fue tan hermosa como ustedes la pintan al recordarla?

Y esa tía mía, doña Antonia Carísimo Jovellanos, me agradeció, no lo dudé, la ocasión que mi pregunta le daba para solazarse en la evocación de su legendaria, bisabuela.

-¿Qué si era tan hermosa y gentil como te la pintamos? Lástima grande es la pérdida de su retrato pintado al óleo, que nos acarreó nuestra dolorosa peregrinación en los días de La Residenta, cuando la guerra del 65, retrato en el que tú habrías [22] admirado la más peregrina figura de mujer. Yo alcancé a oír de labios de viejos antepasados la pintura de la abuela María Magdalena hecha con palabras de las que desborda la admiración. ¿No te he contado acaso el episodio del Virrey que se enamoró de ella?

-Sí; te lo he oído contar, pero deseo que me lo cuentes otra vez.

Mi deseo le proporcionaba un placer, porque aquella santa señora, que ya había sobrepasado los ochenta años, sentíase feliz cuando se sumergía en la dulce atmósfera del ensueño a que la llevaban sus románticos recuerdos.

Y habló así:

-Fue cuando mi bisabuela María Magdalena pasaba en Buenos Aires una temporada junto a deudos que allí tenía y en unión de sus padres. Ya su hermosura se había hecho notar en la capital del Virreinato y solían llamarla «la belleza asunceña». No te hablaré de los muchos galanes que suspiraron allá por ella y a los que ella hubo de desilusionar, pues su viaje a Buenos Aires había respondido liada menos que a prepararse para su próxima boda ya concertada en Asunción. En una suntuosa fiesta que se dio en los salones del Fuerte, que era el palacio virreinal, el Virrey no pudo poner recato a su admiración por «la bella asunceña», y se la hizo presentar o mejor dicho se le presentó él mismo con grave falta a las reglas del protocolo. El padre de la niña comprendió la situación y con tan extrema cortesía como inquebrantable firmeza decidió en el acto retirarse. María [23] Magdalena estaba ya destinada a ser esposa del Alférez de navío de la Real Armada y Regidor de la Asunción don Bernardo de Haedo y Escajadilla, a quien la niña debía, por lo tanto, el respeto de no incurrir ni en la más leve sospecha de coquetear con nadie, respeto del que su padre era severísimo mantenedor.

Hizo la amenísima narradora una de las pausas que habituaba hacer para avivar el interés de sus oyentes por sus relatos; y yo, que conocía esta ingenua gala de su arte de cronista de los viejos tiempos, la complacé con la consabida incitación:

-¿Y después, tía Antonia?

Ella gozaba ya, reproduciendo en su mente la escena que iba a contarme. Y tras de breve pausa prosiguió:

-Ya señalado el día del retorno al Paraguay, un domingo acudió abuelita María Magdalena con sus padres a la Misa Mayor que se celebraba en la Santa Iglesia Catedral y en la que un hermano suyo, sacerdote, había de officiar como diácono. Por ser el capitán Iglesias cabildante de la Asunción le fueron reservados, a él y a su esposa e hija, asientos especiales en el presbiterio. El templo congregaba a toda la sociedad empingorotada de Buenos Aires y era un fulgor de ricas mantillas con sus peinetones y de joyas y bandas que proclamaban el señorío del concurso. El Señor Obispo aguardaba al pie del altar al Virrey para recibirlo en cuanto éste pusiera los pies en el presbiterio y de la calle llegaban, medio apagados los acordes con que fuera [24] saludada la presencia del delegado del Rey. Un rumor alteró de pronto el silencio del recinto en la profunda religiosidad de los feligreses y todos los presentes pusieron de pie. Por el rojo caminero tendido en la nave central el Virrey avanzaba hacia su estrado, rutilante de oros, rasos y condecoraciones. Las miradas estaban fijas, como saetas en su majestuosa y bizarra figura. De pronto, ya en el presbiterio y cuando el obispo avanzaba a saludarlo, el Virrey se detiene apartando los ojos del altar mayor y fijándolos en el grupo de la familia del capitán Iglesias. En seguida se desvía resueltamente de su camino, sin reparar en el estupor que su actitud provoca, se aproxima a dicho grupo, saluda al capitán y a su esposa y enfrentando luego a María Magdalena, le tiende la diestra, toma la mano que la niña le ofrece a su reclamo y se la besa, curvando su figura en una profunda reverencia cortesana...

-¿Y después, tía Antonia?

-Dice la tradición familiar -agregó la dama- que nuestro antepasado el altivo capitán Iglesias se retiró de la Catedral antes que el osado Virrey tuviera tiempo de ocupar su estrado que estaba situado precisamente frontero de los asientos de la familia asunceña, mientras que un murmullo de asombro ahogaba las primeras notas del órgano en el coro.

Y paladeando su jubiloso orgullo de raza concluyó así mi anciana tía:

-No dudarás ahora de que haya sido extraordinariamente [25] hermosa aquella dama cuya sangre llevamos tú y yo en las venas...

-Y de cuya hermosura tiene usted, tía, rastros que no desdican su linaje -dije yo diciendo la verdad, pues era bien hermosa esa mi tía Antonia Carísimo Jovellanos cuyos ojos eran todavía, en su muy alto vivir, dos resplandecientes luceros y cuyo donaire traía reminiscencias de los antiguos estrados...

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

